

9416  
L.

DCL79

L3  
V.3



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FRANCO DE VES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

80371

# HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolución.—Dumouriez en Paris.—Se concierta con Danton.

I.

Mientras que Dumouriez triunfaba por su talento militar del ejército prusiano, su genio no descuidaba la parte política. Su campo, en los últimos días de la campaña, era á la vez un cuartel general y centro de negociaciones diplomáticas. Como antiguo hombre de estado, avezado á las intrigas de las córtes, conociendo á fondo los secretos de los gabinetes estraangeros y las sordas rivalidades que se engendran bajo la aparente armonía de las coaliciones, Dumouriez habia anudado ó contraído algunas relaciones en parte patentes, en parte ocultas, con el duque de Brunswick y con los militares y ministros mas influyentes en las determinaciones del rey de Prusia. Danton era el único ministro con quien Dumouriez pudo en-

tenderse en el interior para las confidencias de estas negociaciones. El saqueo del guarda-muebles de la corona, que había tenido lugar en París con la complicidad presenta de oscuros agentes del ayuntamiento, proporcionó, según dicen, á Dumouriez, no unos grandes medios de seducción y cuales se necesitan para salvar una patria, sino lo suficiente para sufragar á aquellos gastos secretos que pagan una intriga y captan el favor de los agentes subalternos de una corte ó de un cuartel general.

El duque de Brunswick no deseaba menos que Dumouriez negociar y combatir al mismo tiempo que peleaba: el cuartel general del rey de Prusia estaba dividido en dos pandillas; la una quería mantener al rey en el ejército, la otra aspiraba á alejarlo de él. El conde de Schulemburg, confidente del rey, pertenecía á la primera; el duque de Brunswick era el alma de la segunda. Haugwitz, Lucchesini, Lombard, secretario privado del rey, Kalkreuth y el príncipe de Hohenlohe apoyaban el pensamiento del generalísimo y no cesaban de representar al rey que los negocios de Polonia, mas importantes para su imperio que los desórdenes de París, exigían su presencia en Berlín para coger su parte en aquella vasta presa que la Rusia iba á devorar por sí sola. El rey se resistió con la firmeza de un hombre que ha comprometido su honra por una causa grande á la faz del mundo y que quiere salir de su empeño, al menos con gloria. Permaneció, pues, en el ejército y envió al conde de Schulemburg para vigilar en su nombre las operaciones de Polonia. Desde este día el príncipe se entregó solo en su campo á influencias interesadas en detener su marcha y en enervar sus resoluciones: desde aquel momento todo propendía á la retirada.

## II.

El duque de Brunswick buscaba un pretexto para abrir conferencias con el cuartel general francés. Mientras permaneció detrás del Argonne á diez leguas de Grandpré, este pretexto naturalmente no se presentó; el rey de Prusia hubiera visto una cobardía ó una traición en esta idea; este fué uno de los motivos que determinaron al duque de Brunswick á atravesar el Argonne y ponerse frente á frente de Dumouriez. Este fué sin duda también el motivo secreto por el cual el generalísimo después de tan gran despliegue de fuerzas y de tantas demostraciones vanas en el campo de la Luna, no atacó al ejército francés al arma blanca, ni empeñó sino un cañoneo en lugar de dar una batalla completa, retirándose luego por la noche á sus líneas y dejándolo todo indeciso. El combate de Valmy, no era según las ideas del duque de Brunswick, sino una negociación á cañonazos; á sus ojos, Dumouriez tenía la suerte de la revolución francesa en sus manos, y no podía creer que este general quisiese servir de ciego instrumento de una democracia anárquica. «El arrojará en la balanza su espada, decía á sus confidentes, y ella sola bastará para hacerla caer hácia el lado de una monarquía constitucional y moderada volviéndose contra los carceleros de su rey y contra los asesinos de setiembre: como defensor de las fronteras de su país, no tendrá que hacer sino amenazar con que va á abrirelas á la coalición para hacer temblar y obedecer á los directores de las asambleas nacionales. Una transacción entre la Francia monárquica y la Prusia, bajo los auspicios de Dumouriez, es mil veces preferible á una guerra estrema en que la Prusia juega su ejército y sus tesoros contra la desesperación de una nación entera. Nuestro interés es el de engrandecer á Dumouriez á los ojos

de sus compatriotas, para que su nombre sea mas importante y mas popular, y nos permita tratar con él y dejarle en disposicion de emplear su ejército contra los jacobinos de Paris. Conozco á Dumouriez, le hice prisionero hace treinta y dos años en la guerra de los siete años; cubierto de heridas cayó en manos de mis hulanos y le salvé la vida, haciéndole cuidar y dándole mi capital por arresto, haciendo de mi prisionero un compañero de mis diversiones y un amigo. Quiero verle, y quiero sondear sus designios secretos, y secundarlos en el interés de Alemania: él reconocerá á su antiguo libertador, y nosotros adelantaremos mas los negocios de Europa en algunas conferencias, que no en ruinosas campañas.»

## III.

Asi se espresaba el duque de Brunswick, y no se engañaba acerca de las miras secretas de Dumouriez, pero sí respecto á su poder sobre él. La revolucion, en toda su fuerza entonces, no se ponía á merced de nadie; ella todo lo arrastraba, pero no se dejaba arrastrar por nadie; sin embargo, apenas habian vuelto los ejércitos á sus líneas al dia siguiente del combate de Valmy, cuando el duque de Brunswick envió al campo de Kellermann al general prusiano Heymann y al coronel Manstein, ayudante general del rey de Prusia so pretexto de negociar en cange de prisioneros. Dumouriez advertido por Kellermann, asistió á la conferencia, que fué larga, íntima y lisonjera por parte de los prusianos, y fiera, reservada y casi silenciosa por la de Dumouriez. Una palabra podía perderle, un gesto hacerle traicion, porque al negociar con los enemigos de su patria, tenía á su lado un rival en Kellermann, y detrás los sombríos comisarios de la Convencion. «Coronel, respondió á las manifestaciones del

rey de Prusia y del duque de Brunswick, me habeis dicho que se me estima en el ejército prusiano, y yo creo que se me desprecie juzgándome capaz de escuchar semejantes proposiciones.» Solo se limitó á convenir en una suspension de armas por parte de ambos ejércitos.

## IV.

La noche misma que siguió á esta conferencia oficial, Westerman y Fabre d'Eglantine, agentes confidentiales de Danton, llegaron al campo so pretexto de reconciliar á Dumouriez y Kellermann, pero con la comision secreta de autorizar y de apresurar las negociaciones sobre la base de una pronta evacuacion del territorio. Aquella misma noche, el secretario privado del rey de Prusia, Lombard, con órden del rey y con la connivencia del duque de Brunswick, fingió caer con algunos carruages de equipages en poder de una patrulla de húsares franceses, y fué llevado al cuartel general, donde tuvo una entrevista con Dumouriez, cuyos pormenores ha revelado él mismo despues. La libertad de Luis XVI de su prision en el Temple y el restablecimiento de la monarquia constitucional en Francia, eran por parte del rey de Prusia, las dos condiciones preliminares de la negociacion. Dumouriez profesaba los mismos principios, confesaba ser tales sus deseos, y empeñaba su palabra personal de contribuir con todos sus esfuerzos á esta restauracion; pero él se perderá inútilmente, añadió, si contrae semejante compromiso en un tratado secreto. Su naciente popularidad no tenia aun bastante fuerza para llevarle á adoptar semejantes resoluciones. La Convencion acababa de declarar por unanimidad que jamás reconoceria otro rey. El solo medio de dar á Dumouriez el crédito necesario sobre la nacion para la libertad del rey, era presentarle á la

Francia como el libertador de la patria, y como el pacificador de la revolucion. La retirada de los ejércitos extranjeros del territorio francés, era el primer paso hácia el orden y hácia la paz. Instado Dumouriez por Lombard para que aceptase una conferencia con el duque de Brunswick, el general se negó á ello, pero remitió á este negociador una memoria razonada para el rey de Prusia. En esta memoria manifestaba á aquel principe los motivos y la posibilidad de una alianza de intereses comunes con la Francia, esforzándose en demostrarle los peligros de una coalicion con el emperador, alianza que, agotando á la Prusia de hombres y de dinero, no seria provechosa mas que al Austria. Sopresteto de conducir á Lombard al cuartel general del rey de Prusia, Dumouriez envió á Westermann, confidente de Danton y su ayudante general, al campo prusiano. Habiendo participado Lombard y repetido al rey las palabras confidenciales de Dumouriez, el rey autorizó al duque de Brunswick para tener una conferencia con Westermann.

Esta conferencia tuvo lugar en presencia del general Heymann, y se concluyó por parte del duque de Brunswick, por la petición de un tratado secreto que prometiese la libertad de Luis XVI, y que, suspendiendo las hostilidades entre los dos ejércitos, permitiese á los prusianos retirarse sin ser inquietados. El duque atribuyó toda la odiosidad de esta guerra á los austriacos y á los principes franceses, y abandonó sin disputárselos los emigrados que habian caído prisioneros de guerra á la vindicta de las leyes de su pais. Westermann regresó para participar estas disposiciones á su general, y Dumouriez informó á Danton por un correo extraordinario. Danton por única repuesta, le envió el decreto de la Convencion en que se declaraba que la república francesa no trataria con sus enemigos sino despues que hubiesen evacuado su territorio.

Pero la última palabra de Danton, habia llegado por

otro conducto á oídos de Dumouriez. Las conferencias no se suspendieron. Unas comunicaciones autorizadas y públicas para el cange de prisioneros sirvieron para ocultar conversaciones y correspondencias mas misteriosas. Temiendo Dumouriez, que sus relaciones con el campo prusiano no le hiciesen acusar de traicion por sus tropas, se adelantó á las sospechas: «Hijos míos, les decia á los soldados que se agrupaban á su alrededor cuando recorria los pueblos, ¿qué pensais de todas estas negociaciones con los prusianos? ¿No os dan alguna sospecha contra mí?—No, no, respondieron los soldados, con otro, estaríamos inquietos y escudriñaríamos su conducta; pero con vos, cerramos los ojos, porque sois nuestro padre.» Así adormecia el hábil general á su ejército.

## V.

Las mismas relaciones que habia entre los generales de los dos campos contrarios se advertian en el de Kellermann, pero aquellas conferencias solo versaban sobre canges de prisioneros.

Una circunstancia apresuró la determinacion del rey de Prusia y del duque de Brunswick. El mayor prusiano Massembach, confidente del rey, estaba comiendo con varios generales franceses y con los dos hijos del duque de Orleans. Despues de la comida, Dillon, hablando en el hueco de una ventana con Massembach, le dijo, que si el rey su amo no consentia en reconocer la república, Luis XVI, la nobleza y el clero, perecerian infaliblemente en Francia, y que él mismo, adicto por principios y de corazon á la causa popular, no salvaria su cabeza del hacha del pueblo. Despues dirigiendo alrededor de la sala una mirada inquieta y rápida y notando que los convidados estaban en grupos hablan-

do con mucha animacion y sin observarlo, sacó á Massembach al balcón: «Ved, le dijo en voz alta, qué magnífico país!» y bajando la voz y cambiando de tono: «Advertid al rey de Prusia, añadió sin mirar á Massembach y disimulando el movimiento de los labios, que se prepara en París un proyecto de invasion en Alemania, por que se sabe que no hay tropas alemanas sobre el Rhin, queriendo por este medio obligar á vuestro ejército á retrogradar.» Esta peligrosa confianza, repetida á la noche por Massembach al rey, concordaba con los movimientos de Custine, que preparaba su irrupcion sobre Spira y Maguncia. El rey quedó admirado y conoció que cada vez se separaban mas de la idea de un acomodamiento.

Sin embargo, el partido austriaco, el partido de la guerra, y los emigrados sobre todo, para quienes la guerra era su única esperanza, murmuraban en el campo de los prusianos y asediaban con quejas y reconvencciones al cuartel general del rey.

«¿Qué presagian, decian, estas conferencias entre el rey y Dumouriez? ¿Querrán salvar la vida del rey de Francia sacrificándonos? Entonces ¿qué será de la monarquía, de la religion, de la nobleza y de la propiedad? ¿Se habrán armado nuestros aliados solo para entregarnos al enemigo?» Tales eran las quejas que los gefes de los emigrados y los enviados de los principes franceses, tenian del cuartel general del rey Prusia.

El Voltaire de Alemania, Goethe, que seguia al duque de Weimar en esta campaña, ha conservado en sus Memorias la relacion de una de aquellas noches que precedieron á la retirada de los alemanes. «En el círculo de personas que rodeaban la hoguera de un vivac, yí un anciano, escribe, cuyo rostro parecia un asena por los reflejos de las llamas, y al cual recordé haber visto en tiempo mas dichoso. Acerquéme al anciano y él me miró con admiracion, pareciendo no comprender por qué

juego caprichoso del destino me veia en medio de un ejército la vispera de darse una batalla. Este anciano era el marqués de Bombelles, embajador de Francia en Venecia, á quien yo habia visto dos años antes en aquella capital de la aristocracia y del placer, en donde yo acompañaba entonces á la duquesa Amelia, como el Taso habia acompañado á Leonor. Habléle de su hermoso palacio sobre el canal de Venecia y de aquellos momentos deliciosos en que la jóven duquesa y su comitiva llegaron en una góndola á la puerla de su palacio, donde fuimos recibidos por él con toda la gracia y magnificencia acostumbrada en su país, en medio de la música, de las iluminaciones y de las fiestas. Yo creia distraerlo trayendo á su memoria aquellos gratos recuerdos, y no hice mas que agravar cruelmente sus penas; las lágrimas inundaron sus mejillas.—No hablemos ya de esas cosas, me dijo, aquel tiempo está ya muy lejos de nosotros, y aun entonces festejando á mis huéspedes, mi alegría no era mas que aparente. Yo tenia el corazon traspasado; preveia las consecuencias de las tempestades de mi patria y admiraba vuestra indolencia. En cuanto á mí me preparaba en silencio al cambio que iba á tener en mi situacion. En efecto, bien pronto me fué preciso dejar aquel destino, abandonar aquel palacio y aquella Venecia que se me habia hecho tan querida, para principiar una carrera de destierros, de aventuras y de miseria, que me ha traído aqui.... en donde voy á asistir tal vez, continuó el desterrado con tristeza, al abandono de mi rey por un ejército de reyes. El marqués de Bombelles se alejó para ocultar su dolor y se fué cerca de otra hoguera, tapándose la cabeza con la capa.»

El marqués de Bombelles había sido enviado al cuartel general por el barón de Breteuil para velar por los intereses de Luis XVI. Los consejos no escaseaban en la tienda del rey de Prusia. Los príncipes franceses proponían que se marchase sobre Chalons. El rey se inclinaba hacia los partidos más audaces y decisivos. El duque se oponía enérgicamente á que se marchase adelante. Este hacia presente la distancia que había hasta Verdun, arsenal y almacén del ejército; la dificultad y lentitud de las comunicaciones, la disminución diaria de los confederados, lo avanzado de la estación, los refuerzos que recibían los franceses en su propio terreno, la dificultad de pasar los desfiladeros de Grandpré sin experimentar grandes desastres, si batido el ejército tuviese que reconquistar el camino de Alemania, y finalmente concluía porque se esperaba el resultado de las negociaciones, sabiendo muy bien que solo con esperar se aumentaría el peligro y adquiría más fuerza el partido que estaba por la retirada. Así se pasaban unos días, que eran muy preciosos. El rey empezaba á ceder, y era evidente que no buscaba en los términos de la negociación sino un pretexto para cubrir el honor de sus armas, contentándose con las garantías más ilusorias sobre la vida y la libertad de Luis XVI. Dumouriez y Danton se las dieron.

Westermann fué enviado de nuevo á París y representó confidencialmente á Danton la verdadera situación de los espíritus en los dos campos. Dumouriez se había encargado para cubrir las apariencias de llevar unos pliegos para el ministro de Negocios Estrangeros Lebrun. «Si tengo al rey de Prusia aun ocho días en jaque, escribía el general á Lebrun, su ejército será derrotado sin haber

combatido. Este príncipe está muy indeciso, y quiere encontrar un medio para salir del atolladero. Puede que su desesperación le lleve á atacarme sino halla quien le dé un remedio aceptable. Entretanto yo continuo cortando mis plumas á sablazos.»

La carta reservada que el general en jefe escribió á Danton, confesaba una negociación más avanzada. «El rey de Prusia pide antes de tratar con nosotros, le decía, unas noticias detalladas sobre Luis XVI, sobre la naturaleza de su cautiverio, sobre la suerte que se le prepara y sobre las consideraciones que se tienen con una testa coronada.»

Danton quería que se desocupase el territorio á toda costa. Esta medida era absolutamente necesaria para la fundación de la república, y era la única que podía cubrir el horror de que los crímenes de setiembre empezaban á cubrir su nombre y su poder. Además, Danton, ligado con la corte por antiguas relaciones, deseaba en el fondo de su corazón salvar la vida del rey y la de su familia. Encargó á sus agentes del consejo municipal que visitasen á Luis XVI en la Torre del Temple, y que le diesen sobre la situación de los augustos presos, un informe oficial en que la detención política del rey se disfracase bajo la apariencia de una solicitud por conservar sus días, y en la que bajo las formas del respeto y de la compasión se ocultasen las murallas, los cerrojos y los rigores del Temple.

El corregidor Petion y el procurador Manuel se pusieron de acuerdo para secundar las miras de Danton, pidiendo al ayuntamiento una copia de todas las disposiciones relativas á la torre del Temple. Ellos mismos fueron á aquella prisión, interrogaron al rey, afectaron haber ido allí para compadecer respetuosamente y dar algún alivio al ilustre cautivo, y remitieron á Danton una sumaria información en la que constaban todas las pruebas del interés que habían tomado por la familia real.

Estos pasos fueron conocidos en París, y coincidiendo con la evacuacion del territorio, acreditaron el rumor de una correspondencia secreta entre Luis XVI y el rey de Prusia, en la cual decian que Manuel habia sido el mediador, añadiéndose que aquella correspondencia tenia por objeto obtener la retirada de los prusianos, á condicion de que habia de salvarse la vida á Luis XVI. Esta correspondencia no ha existido nunca. Los agentes de Luis XVI en el campo del rey de Prusia, que eran los señores de Breteuil, de Calonne, de Bombelles, de Moustier y los mariscales de Broglie y de Castries, no cesaron hasta el 29 de setiembre de pedir que se diese la batalla y que se marchase sobre París, único medio, segun ellos, de devolver la libertad al rey de Francia.

Sin embargo, Westermann regresó á París con aquel documento destinado á adormecer los escrúpulos cabalrescos del rey de Prusia. Dumouriez lo remitió al cuartel general prusiano por su confidente intimo Thouvenot. Autorizado éste con amplios poderes de su general y amigo, dió verbalmente al duque de Brunswick la seguridad de las disposiciones personales de Dumouriez. «El general está resuelto á salvar al rey y á regularizar la revolucion, dijo el coronel Thouvenot, él se declarará por el restablecimiento de la monarquía cuando sea tiempo y cuando haya preparado su ejército á obedecerle y puesto á París en estado de temblar solo con su presencia. Pero para esto es necesario una gran popularidad. La evacuacion voluntaria del territorio por el rey de Prusia, ó una victoria decisiva sobre vuestro ejército, son las únicas cosas que pueden darle esta popularidad. El general está igualmente dispuesto á la batalla que á entrar en negociaciones: escoged.»

El duque de Brunswick trasmitió al rey de Prusia los documentos relativos á la torre del Temple, y le dió cuenta de lo dicho por Thouvenot. El último consejo de gabinete fué convocado para el 28 en presencia del rey. El duque habia preparado con anticipacion los papeles y los informes; dió cuenta al rey del estado de la negociacion secreta por la cual no quedaba otra esperanza de salvar la vida de Luis XVI que la evacuacion del territorio francés y depositó en la mesa los pliegos que habian llegado aquella noche de Inglaterra y Holanda anunciando que estos dos gobiernos rehusaban formalmente tomar parte en la liga contra la Francia. En fin, confirmó la confidencia hecha á Marseback por el general Dillon, y mostró á Custine, moviendo ya sus columnas sobre el Rhin, y pronto á cortar la retirada al ejército prusiano. Rogó al rey que cediese á la vez á su generosa compasion por Luis XVI y á los intereses de su propia monarquía, no penetrando mas adelante en un país en que las pasiones estaban en efervescencia y que no arriesgase una batalla cuyo resultado mas ventajoso seria verter sangre prusiana inútil y aisladamente por una causa abandonada por la Europa. El rey se avergonzó y cedió. La orden para prepararse al combate, dada el dia anterior, se convirtió en orden de prepararse á marchar. La retirada quedó resuelta definitivamente.

Un convenio tácito quedó concluido desde aquel momento entre los generales de los dos ejércitos. Dumouriez lo esplicaba así en una carta dirigida al ministro Lebrun. «Es menester mirar todo esto, le decia, como una negociacion puramente militar, tal como las hacian los capitanes griegos y romanos á la cabeza de sus ejércitos. Elevémonos hasta aquellos tiempos heroicos si queremos ser

dignos de la república que hemos creado,» ocultando bajo estas palabras la naturaleza de la negociacion, que militar en la apariencia, era política en el fondo. Dumouriez ponía de manifiesto una parte de ella para ocultar el resto.

En este convenio militar se establecía, que el ejército francés se obligaba á no inquietar á los prusianos en su retirada hasta el Meuse, y que al otro lado de este río, el ejército francés observaría los movimientos sin atacar; á condicion, que el rey de Prusia entregaría sin combate las ciudades de Longwy y Verdun ocupadas por sus tropas. El convenio político y verbal, respondía al rey de Prusia de la vida de la familia real y de los esfuerzos de Dumouriez para restaurar la monarquía constitucional y moderar la revolución. Este tratado, cuya existencia ha sido objeto de tantas controversias y de tantas acusaciones, no puede en el día ponerse en duda. El honor del gabinete prusiano le obligaba á negarlo y á atribuir la retirada pacífica del ejército coaligado á la habilidad de sus maniobras y á la impotencia de los franceses, pues que de este gabinete han salido con el tiempo la confesion, los testimonios y los documentos que demuestran la realidad de la negociacion. Esta descifra por sí sola la inesplicable conducta de Dumouriez en dejar efectuar impunemente al duque de Brunswick y al rey una marcha de flanco que los esponía á ser cortados, si el ejército francés no hubiese medido sus pasos para marchar con igual lentitud que el prusiano; de suerte, que mas bien parecía que aquel iba acompañando á sus enemigos, que el que quisiese echarlos de sus fronteras.

## VIII.

Esta negociacion de Dumouriez, no fué ni traicion ni debilidad. No fué mas que el instinto del patriotismo y del genio de las circunstancias. Salvó á la Francia con su

actitud en lugar de comprometerla dando un golpe. Una evacuacion cierta, valia mas para la Francia en su apurada situacion que una batalla dudosa. Si hubiera atacado la retaguardia, el duque de Brunswick con euarenta mil hombres mas que Dumouriez, podia revolverse y debacer al ejército francés. La Francia carecía de otro ejército, y tampoco tenía un segundo Dumouriez. Una derrota la entregaba á la invasion, y las consecuencias hubieran sido destruir la república apenas afirmada por la victoria del 10 de agosto. Mas interesado Danton que nadie en que se adoptasen medidas desesperadas, lo conoció así, y fué cómplice de la prudencia de Dumouriez: su energia, capaz de conducirle hasta el crimen, no era para llevarle á la demencia. Tomó, pues, el convenio y la tregua bajo su responsabilidad.

Dumouriez, tuvo otro motivo para no abusar de la retirada y para contemplar á los prusianos. Como había sido diplomático antes que soldado, sabia que las coaliciones llevan con ellas las rivalidades ocultas que deben disolverlas. La Rusia y el Austria iban á disputar á la Prusia los restos preciosos de la Polonia, mientras que el ejército prusiano consumía sus fuerzas en la cruzada de los reyes contra la Francia. El gabinete prusiano y el duque de Brunswick, no disimulaban estos peligros. Una alianza con la Francia aunque fuese republicana, podia entrar en el pensamiento secreto del gabinete prusiano: era necesario no contrariar este pensamiento reservado del rey de Prusia y de su nacion, llevando la guerra hasta el derramamiento de sangre, y el paso retrogrado del rey hasta la humillacion. Dejar á los prusianos los honores de la guerra, y espulsarlos del territorio de la república, era una profunda habilidad. Siempre se está á tiempo de reconciliarse con un enemigo cuyo orgullo no se ha herido. La libertad tenía demasiados enemigos en el continente para no reservarse una alianza en el corazon de la Alemania: pero el verdadero y secreto motivo



de Dumouriez era personal. Una guerra de ardidés que podía prolongarse todo el invierno, y aun toda la campaña siguiente contra los prusianos, en los Ardenes y sobre el Meuse, no convenia ni á su situación política, ni á su ambición. Dumouriez necesitaba dos cosas; adquirir el título de libertador del territorio francés, y quedar en libertad para llevar á otra parte su actividad y su genio. La retirada pacífica de los prusianos, y un tratado secreto con esta potencia, le garantizaban estas dos necesidades de su situación. Tranquilizada la Convencion respecto á esta parte de la frontera, le permitia realizar su ensueño militar y llevar la guerra á Bélgica. Venciendo á los prusianos en el interior, quedaria vencedor de los austriacos en sus propios dominios: al título de libertador del territorio de la república, añadiría el de conquistador del Brabante: con esta doble corona de gloria, ¿qué era lo que no podría intentar en beneficio del rey, de la república, ó de sí mismo? ¿Restablecería á Luis XVI sobre un trono constitucional? ¿Crearía una dinastía nueva emanada del seno de la revolución en la persona del jóven duque de Chartres hijo del duque de Orleans que acababa de aparecer en medio del fuego de Valmy como coronado con la aureola del porvenir? ¿Abandonaría la Francia á sus convulsiones, y se crearía él mismo una potencia independiente en las provincias belgas arrancadas por él á la opresion austriaca y á la espoliacion de la Francia? Indeciso se hallaba sobre el partido que le convenia, pero tambien lo estaba á decidirse por aquel que mas conviniese á sus intereses. Sin embargo, ante todo, era menester conquistar la Bélgica. Dejó á sus tenientes que siguiesen lentamente al ejército prusiano que se retiraba sembrando sus campamentos y los caminos por donde pasaba de víctimas de las enfermedades que habia contraído en las inmediaciones del bosque de Argonne y que lo diezmaban cruelmente, y se fué á triunfar á París.

La tarde de su llegada á la capital, Dumouriez se arrojó en los brazos de Danton, á pesar de la sangre del 2 de setiembre, sangre de aquel ministro estaba cubierto. Estos dos hombres se comprendian á pesar del horror de la época: el uno era la cabeza, y el otro el brazo de la patria: así es que se juraron alianza y amistad recíprocas, persuadidos de que eran mutuamente necesarios. Danton era el complemento de Dumouriez, y éste era el de Danton. El uno respondia del ejército, y el otro del pueblo. Ambos se reconocian dueños de la revolución.

Hácia este tiempo el duque de Chartres, que fué despues rey de los franceses, se presentó en la audiencia del ministerio de la Guerra, Servan, para quejarse de una injusticia que le hacian las oficinas. Servan estaba enfermo en la cama, y escuchó con distraccion al jóven príncipe. Danton estaba presente y parecia que mandaba en el ministerio de la Guerra mas que el mismo ministro; así es que no tuvo inconveniente en llamar aparte al duque de Chartres, al cual dijo en voz baja: «¿Qué haceis aquí? ¿No estais viendo que Servan es un fantasma de ministro y que no puede ni servirnos ni perjudicaros? Venid mañana á verme, yo os oiré y arreglaré ese asunto.» El duque de Chartres fué al día siguiente á la cancellería, y Danton le recibió con una especie de sequedad paternal: «Y bien, jóven, dijo al duque de Chartres, se asegura que teneis ciertas conversaciones muy parecidas á la murmuracion, que criticais las grandes medidas del gobierno, y que os mostrais compasivo por las víctimas y horror hácia los verdugos. Id con cuidado, el patriotismo no admite tibieza, y teneis que haceros perdonar un gran nombre.» El príncipe confesó con una firmeza superior á su edad, que el ejército miraba con horror la sangre ver-

tida en otra parte que en el campo de batalla, y que los asesinatos de setiembre le parecía que deshonraban la libertad. «Sois demasiado joven aun para juzgar de estos acontecimientos, le replicó Danton con actitud y tono de superioridad; para comprenderlos, es necesario estar en la situación en que nosotros estamos. La patria está amenazada y ningún defensor se ha levantado en su favor. Los enemigos avanzaban é iban á sumergirnos en un abismo; hemos tenido necesidad de poner un rio de sangre entre los tiranos y nosotros. En lo sucesivo callad. Volved al ejército, batíos bien, pero no prodigéis inútilmente vuestra vida; os quedan aun muchos años que vivir; la Francia no gusta de la república; conserva aun los hábitos, las debilidades, y las necesidades de la monarquía; despues de nuestras tempestades, ella se verá obligada á restablecerla por efecto de sus vicios ó de sus necesidades; ¡quién sabe lo que el destino os tiene reservado! Adios, joven, ¡acordaos de la prediccion de Danton!»

## X.

Al día siguiente de su llegada, Dumouriez comió en casa de Roland con los principales girondinos. Al entrar en el salon, presentó á madama Roland un ramo de flores de adelfa en señal de reconciliacion y como para tributar á los girondinos, en su persona, el homenaje de la victoria que acababa de conseguir.

La gloria de su campaña resplandecía en su varonil presencia, y todos los partidos querian iluminarse con sus rayos. Sentado entre madama Roland y Vergniaud, recibió con pensativa reserva los cumplidos de los convidados. La guerra entre ellos y los jacobinos habia principiado ya, aunque no ostensiblemente. Dumouriez no queria declararse sino por la patria. Madama Roland se lo

perdonó todo. Despues de comer se fueron á la ópera, en donde fué aplaudido por todo un pueblo. Danton triunfaba á su lado en el palco del ministro del Interior y parecia que lo presentaba al pueblo. Madama Roland y Vergniaud, llegaron al teatro algunos momentos despues, y abrieron la puerta del palco para entrar á acompañar al vencedor; pero al reparar madama Roland en el aspecto siniestro de Danton que estaba sentado al lado de Dumouriez, hizo un gesto de horror, creyendo ver la fibra del crimen, al lado de la gloria. Parecióla que hasta esta se manchaba con el contacto de Danton. Entonces se retiró sin que la hubiesen visto. Llevándose consigo á Vergniaud. El hombre de setiembre la ocultaba al hombre de Valmy.

Parecia que habia pasado un siglo desde el día en que Dumouriez habia salido de Paris y el en que volvía. Habia dejado una monarquía, y encontraba una república. Despues de un interregno de algunos días, durante los cuales, el ayuntamiento de Paris y la Asamblea legislativa se habian disputado un poder caído en manos de los asesinos y recogido en medio de los charcos de sangre por Danton, único que se atrevió á hacerlo; la Convencion nacional se habia reunido y se preparaba á obrar. Habiendo sido esta elegida entre el tumulto del 10 de agosto y el terror de las jornadas de setiembre, se componia de unos hombres que aborrecian á la monarquía y que tampoco creían en la Constitucion de 91, que era para ellos una transaccion intentada bajo el nombre de monarquía constitucional: estos hombres de ideas tan exageradas, eran los únicos que correspondian á las circunstancias estrañas en que se hallaba la Francia. En tiempos normales jamás se les hubiera hecho caso.

Los girondinos y los jacobinos que se habian confundido por un momento en una conspiracion comun contra el trono, habian nombrado en todas partes por aclamacion para que terminase su obra. Su mandato se reducía

á acabar con lo pasado, destruir las resistencias, pulverizar el trono, la aristocracia, el clero, la emigracion, los ejércitos extranjeros, arrojar el guante á todos los reyes y proclamar, no la soberanía abstracta del pueblo que se puede desnaturalizar en el mecanismo complicado de las constituciones mixtas, sino la soberanía popular que interroga hombre por hombre hasta el último de los ciudadanos, y que hace reinar con un irresistible poder el pensamiento, la voluntad y hasta las pasiones generales. Tal era el instinto del momento.

Todos los nombres que la Francia habia oido pronunciar desde el principio de la revolucion en sus ayuntamientos, en sus clubs y en sus molines, se encontraban en la lista de los miembros de la Convencion. La Francia los habia escogido, no por su moderacion, sino por su ardor; no por su sabiduria, sino por su audacia; no entre los hombres de edad madura, sino entre la juventud mas fogosa y alborotada. Fué esta una eleccion á la desesperada. La patria conocia que en los peligros en que su resolucion de cambiar la faz del mundo iba á arrojarla, necesitaba combatientes y no legisladores. Menos que un gobierno, era una fuerza temporal la que queria constituir. Penetrada de la necesidad de la unidad y de la energía de accion, vomitaba á sabiendas una grande dictadura. Solamente que en vez de dar esta dictadura á un hombre que podria engañarse, debilitarse ó hacerla traicion, se la daba á setecientos cincuenta representantes que le respondian de su fidelidad por sus mismas rivalidades, y que observándose los unos á los otros no podrian ni detenerse en su marcha, ni fingir encontrarse con las sospechas del pueblo delante y el suplicio detrás de ellos. No eran luces, ni justicia, ni virtud lo que se les pedia, exigíaseles únicamente una gran fuerza de voluntad.

## LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot de Herbois pide la abolición del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion.

### I.

El 23 de setiembre á medio dia, las puertas de la sala del Picadero se abrieron y se vió entrar lenta y solemnemente á todos aquellos hombres, de los cuales los mas ilustres debian salir de alli para el cadalso. Los espectadores de la tribuna, puestos en pie, atentos é inclinados hácia la sala reconocieron y señalaron con el dedo, nombrándoselos los unos á los otros los principales miembros de la Convencion á medida que iban entrando.

Los miembros de la Asamblea legislativa escollaron en cuerpo á la Convencion para abdicar en ella solemnemente. Francisco de Neufchateau, último presidente que habia sido de la Asamblea disuelta, tomó la palabra: «Representantes de la nacion, dijo, la Asamblea legislativa ha cesado en sus funciones y depone el gobierno